

IV.

Francisco María Voltaire.

(MURIO AÑO 1778 DE N. S. JESUCRISTO.)

Hé aquí uno de los hombres más abominables, más impíos, más soberbios, más cínicos y más perversos de cuantos han existido en el mundo.

Mal hijo, renegó de su padre, hombre respetable, á quien colmó de amarguras y á quien presentó en su correspondencia como un ante ridículo, llevando la perversidad de su malvado corazón hasta atraer sobre su propia madre el desprecio de los demás, renegando de ese sentimiento sagrado al cual son sensibles las mismas fieras. Por renegar de todo, renegó este monstruo hasta de su apellido, *Aroust*, para tomar el de Voltaire.

En sus costumbres solo reconocia los principios del más brutal materialismo, compendiados

en esta máxima cínica: *El placer es el fin universal: el que lo disfruta, es feliz.*

Hé aquí, el retrato de este monstruo, trazado por Créteilieu-Joly: "Este hombre, que fué, sin disputa, sobre la tierra la encarnación ménos imperfecta del demonio, elevó la maldad al rango de prodigio. Con su inextinguible sordida, la fecundidad de su maravilloso talento, sacrificó una larga vida á demostrar que toda debilidad deshonor, segun la sublime expresion de Tácito. Escupió á todas las glorias de Francia, y menospreció todas las ideas de patriotismo. Despues de haber procurado dar una bofetada en el rostro del mismo Dios, Voltaire se consagró á despedazar el culto del pasado, esa piedad filial de las naciones.

"Coloca sobre la historia, como una figura radiante por extremo, mitad ángel y mitad héroe, que los demás pueblos envidian, á Francia. Voltaire conocia su impotencia para ahogar en los corazones el recuerdo de Dios, y procuró, valiéndose de toda clase de imágenes, lúbricas y de calumniosas obscenidades, deshonar á Juana de Arco, la inmortal y popular doncella. Los ingleses no se atrevieron más que á quemarla viva en la hoguera de Rouen; pero Voltaire llevó su osadía hasta ultrajarla despues de muer-

ta y manchar su virginidad. Francia, que no tenía entonces tiempo de indignarse, y que acaso no hubiera encontrado fuerza para ello, dobló la cabeza ante esta apoteosis del vicio, y nada hizo para desagrar á esta gloria sin igual.

“Voltaire habia dado la señal de una guerra implacable á todos los sentimientos honestos. Paliando la mentira, lisonjeando los instintos perversos, cubriendo con una máscara sus opiniones verdaderas, y tendiendo un negro manto sobre sus creencias, este escritor, general en jefe del gran ejército que se formó contra Roma, no pensó que un día desencañaría con los vientos las tempestades. Por grande que sea el orgullo del hombre, no le está permitido aspirar á tantos desastres; pero en revolucion, lo que un hombre de genio ha comenzado, suele terminarse por la canalla.

“Este hombre de genio habiera desdeñado sus servicios y su asistencia peligrosa; pero llegó un día en que fué condescendido á aceptarlos. Voltaire abrió el camino, y multitud de escritores, cuyos nombres apenas sobrenadaban en el abismo sin fondo de la historia, se lanzó tras él. La Iglesia se vió entonces entregada al bando de todas aquellas inmundidades hambrientas, que iban á encadenar la virtud y á cargar

de grillos el espíritu humano, causado de sí mismo.

“Voltaire habia hecho el siglo XVIII á su imagen y semejanza, y le animaba con su risa sarcástica y burlona, inspirándole sus ódios y sus costumbres. Voltaire se habia creado un enemigo personal, á quien deseaba aniquilar á toda costa. La obra que Juliano el Apóstata no hizo sino bosquejar en su imperial omnipotencia, sonreía á esta imaginación incansable y emprendadora. Jesucristo habia vencido demasiado tiempo por la Iglesia, y Voltaire se propuso borrar el Evangelio de la memoria de los hombres. Poseía la astucia de la culebra, y el veneno de la víbora. Su pluma inculcó en las masas uno de esos ódios que, semejantes al puñal del salvaje, conserva eternamente su veneno. A todos quiso dejar sin Dios, para ser él el ídolo de todo el mundo.

“De todas las categorías sociales llamó auxiliares para su empresa, que reclutó tanto sobre el trono como en el fondo de la baja literatura. Los Reyes y sus ministros llevaron sobre su frente, como preciosa joya de su popularidad, el estigma de sus interesadas alabanzas. Cuando se vió rodeado de estos auxiliares del desorden, señalados por el Apóstol San Pablo, de estos

hombres amantes de sí mismos, avaros, jactanciosos, soberbios, maldicientes, desobedientes á sus padres, ingratos, impíos, desnaturalizadores, enemigos de la paz, calumniadores, incontinentes, inhumanos, más amantes del placer que de Dios, y que arrastraban en pos de sí como cautivas á mujeres cargadas de pecados y dominadas por mil pasiones, creyó seguro su triunfo."

Pero ningún escritor ha caracterizado tan perfectamente á Voltaire, como José de Maistre. He aquí sus palabras:

"Voltaire es insoportable en la historia. A pesar de su arte, de su elegancia y de las gracias de su estilo, no había en él cualidad alguna que pudiese reemplazar las que le faltaban, y que son la vida de la historia: la gravedad, la buena fé y la dignidad.

"La monotonía pesa sobre sus escritos, que solo tienen dos objetos: la bñbia y sus enemigos; blasfema ó insulta.

"Su gracia, tan elogiada, está muy léjos de ser intachable, y la risa que excita no es legítima, es una mofa.

"¿No habeis observado que el anatema divino está impreso en su rostro? Contemplad su figura en el palacio del *Ermitage*. Mirad su frente abyecta, en que no apareció jamás el colorido

del pudor; mirad esos dos cráteres apagados, donde parece hierven todavía el ódio y la lujuria; esa boca repugnante, abierta de la una á la otra ereja; esos labios comprimidos por cruel malicia, como un resorte dispuesto á aflojarse para lanzar la blasfemia ó el sarcasmo.

"Semejante á ese insecto de los jardines, que solo dirige sus picaduras á las raíces de las plantas más preciosas, Voltaire no cesa de picar con su aguijón las dos raíces de la sociedad: las mujeres y los jóvenes, á los cuales inculca su veneno, que trasmite también de generación en generación.

"Otros cínicos admiraron la virtud; Voltaire admira el vicio, se arroja en el fango, se revolca en él y con él se alimenta.

"Cuando considero lo que podía hacer, y lo que ha hecho, sus inimitables talentos solo me inspiran una especie de ira santa. París le corona; Sodoma le hubiera arrojado de su seno."

El corifeo del siglo llamado filósofo por excelencia, jamás profesó otra filosofía que una negación irónica de toda religión y de toda moral. Toda su filosofía, según su propia confesión, estaba contenida en estas palabras: *Eroser l'infame*, es decir, á Jesucristo, á la Religión católica,

A pesar de todas sus fanfarronadas y de todos sus impúdicos chistes, Voltaire vivía devorado por los remordimientos, y sentía la verdad de aquellas palabras del Espíritu Santo: *Non est pax impiis.*

He aquí, entre otros muchos que pudiéramos citar, varios testimonios del mismo Voltaire, que demuestran aquella verdad:

"A la señorita de Besiere.

Octubre 15 de 1726.

"¿Qué puedo decirles yo sobre la muerte de mi hermana, sino que hubiera valido más para mi familia y para mí que hubiera sido yo arrebatado en vez de ella?

"Yo he cometido muchas faltas en el curso de mi vida, y las amargas y sufrimientos que la han acompañado diariamente han sido frecuentemente mi propia obra."

"A Cideville.

Esetiembre 3 de 1732.

"Toda mi vida la he pasado haciendo locuras; cuando he sido desgraciado, no he tenido sino lo que merecía."

"Al conde de Argental.

Julio 22 de 1752.

"Algunas veces pienso en todo lo que he sufrido, y deduzco que si tuviese un hijo que hubiera de experimentar las mismas contrariedades, le retorcería el pescuezo por ternura paterna."

"Al mismo.

Octubre 3 de 1753.

"El sueño de mi vida es una pesadilla perpetua."

"Al mismo.

Noviembre 24 de 1753.

"Las desgracias que se representan en el teatro son inferiores á todo lo que yo sufrí."

"Al mismo.

"Diciembre 21 de 1753.

"Vuestra cabeza vale más que la mía, porque os ha hecho feliz, y la mía me ha hecho muy desgraciado."

"Al mismo.

"Febrero 24 de 1754

"Dos personas se han suicidado en este país en los últimos días; por consiguiente, tenía menos amarguras que yo."

Al comenzar el año 1778, Voltaire se determinó á abandonar su retiro de Ferney por las alabanzas y el bullicio de la capital, y obtenida la licencia del débil Luis XVI, se dirigió á París, á donde llegó el 1.º de Febrero del mismo año. Su entrada en aquella ciudad fué una ovación completa, despoblándose París para ver al patriarca de los iacréúlos. La Academia francesa le tributó honores hasta entonces descono-

cidos. Su estátua fué coronada en pleno teatro. "Las aclamaciones, los vítores y alaridos, dice el P. Fr. Fernando Ceballos, en su *Juicio final de Voltaire*, fueron de un pueblo de bacantes ó de furiosos."

Este triunfo no satisfizo la ambición de Voltaire, que decía entre sus amigos: "Mi triunfo en París ha de ser más glorioso que el del Galileo en Jerusalén." Para obtenerlo, propuso á la academia la reforma de la lengua y la formación de un Diccionario; y aceptado el pensamiento, se distribuyó el trabajo, encomendándose á Voltaire las palabras que comenzaban con la letra A. Esta gran obra, que él creía le daría la inmortalidad, fué la causa inmediata de su muerte, segun refiere el P. Fr. Fernando Ceballos, en su obra citada, y en los términos siguientes:

"Se abandonó á su trabajo, y para aligerar la torpeza que sentía en los sentidos y potencias hizo tal abuso del café, que en ménos de veinticuatro horas tomó cosa de veinticinco tazas. Sintióse atacado en sus entrañas de una viva inflamación. Algunas noticias añaden que al mismo tiempo experimentó los dolores de la vejiga, por la retención de la orina.

“El duque de Richelieu adormecía las molestias de este accidente con el uso del ópio, y le envió cantidad de este género preparado ya en la forma en que lo usaba él mismo. Voltaire, no teniendo cuenta con las dosis que juntamente le envió á decir el duque, bebió el ópio con tan brutal exceso, como si procurara adrede arrojarse en un letargo y en la incapacidad de sentir los dolores de la vejiga; consiguió el primero de estos dos intentos pervirtiendo su razón; pero no amortiguó sus sentidos, especialmente el de la vista, que le atenaceaba hasta el último suspiro.

“El cura de San Sulpicio repitió sus visitas y exhortaciones, por si pedia recordarle las verdades y las obligaciones de la Religión cristiana, que había jurado seguir. Monstrar el *reprobo* como el mismo Voltaire había llamado á Luther, despreció estos últimos avisos del cura, y lo arrojó de su cabecera, diciéndote “que solo deseaba hallar algun reposo;” señal del niaguro que tenía, ni en su ánimo ni en su cuerpo.

“No lo halló por medio del ópio, como había esperado, porque al letargo se le juntó el delirio y la rabia; pero tan espantosa, que aseguró su médico y antiguo amigo, M. Troncin, que si los pretendidos *espíritus fuertes* ó los falsos filósofos

que Voltaire había engañado viviendo, se hallaran presentes á su lecho, hubieran quizá detestado su filosofía, á vista de tan funesto espectáculo. Estaba el infeliz en cneros sobre su lecho, porque el ardor de sus entrañas, que inflamaba todo su cuerpo, le dejaba incapaz de sufrir ni siquiera una sábana que tapase sus vergüenzas. Solamente se rebozaba con sus inmundicias, y con los ojos encen didos como dotizones, blasfemaba y pronunciaba, no ya bendiciones de patriarca, sino maldiciones de un endiablado, acompañadas de duros golpes que tiraba á las personas que le servían. Estas le daban el nombre del endiablado, y divulgaban por todo París el horrible espectáculo que les daba á ver en su fin. Otras noticias, publicadas en un periódico de Colonia por el mes de Julio de este año, declaran más en particular estos horribles excesos á que Voltaire se supone entregado en su última desesperacion. Se afirma que el infeliz, sintiendo ya en su espíritu y en su cuerpo la mano del núnen airado que había blasfemado cerca de un siglo, clama diciendo que *moría abandonado de Dios y de los hombres*; añádiéndose que, entre los trasportes de su rabia y despecho, se abalanzaba al raso de sus excrementos y se los comía con horrible decatino.”

Voltaire, prosigue el mismo P. Coballos, se desasosegaba frecuentemente asimismo aun contra el criado ó criada que le administraba las cosas necesarias. Y no solamente los injuriaba de palabra, sino tambien de obra, tirándole á uno la escudilla de caldo, á otro dándole con un palo; y aun al mismo cura de San Salpicio, si le hubiera podido agarrar entre sus uñas; irritado con las exhortaciones que le hizo pocas horas antes de espirar, hubiera ensangrentado sus manos en el inocente médico espiritual, que procuraba salvar su alma."

Voltaire espiró el dia 30 de Mayo de 1778, á las diez de la noche, en medio de los horribles sufrimientos de su enfermedad y de la espantosa agitacion y remordimientos de su conciencia, que se negó siempre á recibir los auxilios espirituales.

Así murió aquel demonio encarnado, que corrompió la Francia en el siglo XVIII.

El mejor epitafio que, segun el P. Coballos, deberia ponerse sobre el sepulcro de este monstruo, es el siguiente, que se leia en Bolonia sobre el sepulcro de Elia Lelia Crispis:

*Elia, Lelia, Crispis, nec vis, nec multior, nec
Androgyna, nec puella, nec juvenis, nec anus, nec
meretrix, nec pudica:*

Sed omnia.

Subiata nec fame, nec ferro, nec veneno.

Sed omnibus.

Nec caelo, nec aquis, nec terris,

Sed ubique jacet.

*Lucius Agatho Prisciis, nec maritus, nec amator,
nec necessarius, nec merens, nec gaudens, nec
flens, hanc molem, nec pyramidem, nec sepulchrum,*

Sed omnia.

Scit, et nescit quid possuerit.

Hoc est sepulchrum intus cadaver non habens.

Hoc est cadaver, sepulchrum extra non habens:

Sed cadaveridem est sepulchrum sibi (1).

(1) P. Fr. Fernando Coballos: *Juicio final de Voltaire*, lib. X.

V.

Sebastian José Carvalho Malho, marqués de Pombal.

(MURIO AÑO 1782 DE N. S. JESUCRISTO.)

La Compañía de Jesús había prestado durante dos siglos tantos y tan importantísimos servicios á la Iglesia, que ni pueden enumerarse ni apreciarse. No es extraño, por consiguiente, que la guerra iniciada contra ella por los jansenistas en el siglo XVII fuese continuada por los enemigos de la Iglesia, que llevaron despues á las regiones de la política las invasiones del jansenismo.

Los filósofos ó enciclopedistas vieron también en los Jesuitas los defensores más hábiles de la fé católica, y convencidos de que eran un obstáculo insuperable para su obra, resolvieron perderlos, sin reparar en los medios; que esta ha-

sido siempre la teoría de los liberales de todos los tiempos.

Tal era la situación de la Compañía de Jesús, cuando el espíritu de venganza de un ministro infame, la liviandad de una impúdica cortesana y la ligereza de un Monarca *católico* é inclinado á la política y filosofía que estaban en boga en su siglo, la dieron el golpe que habían preparado los corifeos de la revolución con sus folletos, sus intrigas y sus calumnias.

En efecto: el marqués de Pombal, en Portugal; el duque de Choiseul y la marquesa de Pompadour, en Francia, el *católico* rey Carlos III y el conde de Aranda en España, y el marqués de Tanucci en Nápoles y Sicilia, fueron los instrumentos de aquella trama infame y escandalosa que se formó para expulsar á los Jesuitas de los reinos mencionados.

El marqués de Pombal, que como ministro del débil monarca José I de Portugal fué el primer perseguidor de la Compañía de Jesús, era un ambicioso, que despues de haber ejercido en Londres y Viena el cargo de embajador, intentó en vano elevarse al cargo de ministro del piadoso monarca Juan V, que conocia de oáunto era capaz aquel astuto político. Así fué que cuando el marqués de Valence le rogó nombra-

se á Pombal su secretario, le contestó: "No me nombres á ese hombre; tiene mal corazón, y sería capaz de perturbar todo el reino." En otra ocasión dijo el mismo Rey: "Pombal tiene corazón de piedra."

Muerto Juan V, le sucedió José I, y Pombal logró entonces sus deseos, gracias á la influencia de la Reina madre, y aun de los mismos Jesuitas, á quienes el nuevo ministro habia engañado con astucia.

Sus primeros actos rebelaron inteligencia y energía, y durante algun tiempo gobierno con grande acierto y con éxito en bien del reino; despues su carácter violento le arrastró á peligrosas usurpaciones y á emprender la reforma de la Iglesia y de la Constitución portuguesa.

La nobleza y los Jesuitas se opusieron á sus planes, pero Pombal resolvió vencer ó aniquilar á los que no les secundaban. Así lo hizo, y bajo el pretexto de que la influencia que ejercian los Jesuitas en el Paraguay era peligrosa para el Estado, y que habian promovido con sus consejos la rebelion de los indios, resolvió perseguirlos sin tregua, y con este fin envió á sus hermano de gobernador al Paraguay.

Sin embargo, un suceso imprevisto le impidió por entonces realizar sus propósitos. La ciudad

de Lisboa fué totalmente destruida por un terremoto, y los Jesuitas, con heróica y cristiana abnegacion, prestaron en aquel desastre tan grandes servicios al pueblo, que el Rey, conmovido, manifestó á la Compañia su satisfacion y su agradecimiento por tantos sacrificios.

El ministro no desmayó por esto, y disgustado de que los Jesuitas atribuyesen aquella catástrofe á castigo del cielo, hizo creer al Rey que trataban de sublevar al pueblo; y logró acobardarlo de tal manera, anunciándole conspiraciones y peligros, que aquel Monarca débil, de escasa inteligencia y desconfiado de suyo, se dejó seducir.

El P. Malagrida, que gozaba gran fama de virtud en la córte y entre el pueblo, fué desterrado á Setubal, recibiendo con este motivo señaladas pruebas de estimacion de un gran número de fieles, y muy especialmente de la nobleza, y esto acabó de exasperar á Pombal. Entre tanto su hermano abusaba de tal manera de su autoridad en Maranhão contra los Jesuitas, que apenas venia un buque de América que no trajese un Padre desterrado por los más frívoles pretextos.

Casi al mismo tiempo D. Diego Mendoza, secretario de Estado y del despacho de Marina,

que protegía á los Jesuitas, fué destituido, y el Rey dió dos decretos acusando falsamente á la Compañía de usurpar el poder político, y de haber impedido hasta entónces la abolicion de la esclavitud en la India.

El P. Moreira, confesor del Rey, resolvió desengañarle; pero antes de que pudiera realizarlo fué expulsado de Palacio á media noche, de órden de Pombal, que se habia apercebido de su propósito y temia llegara á descubrirse la verdad.

Pombal publicó entónces un folleto preñado de calumnias, titulado: "La República fundada por los Jesuitas españoles y portugueses en América, y la guerra que promovieron y sostuvieron contra los ejércitos de los Monarcas." A este folleto iba unida una explicacion sobre las medidas adoptadas por el Rey, y todo ello se remitió á las córtes para provenirlas contra los Jesuitas. Al mismo tiempo se sorprendió el Papa, que nombró visitador de la Orden al cardenal Saldanha, el cual, á pesar de ser afecto á los Jesuitas, cediendo en su avanzada edad á las intrigas y amenazas del ministro, prohibió á los miembros de la Compañía de Jesus ejercer la predicacion y administrar el sacramento de la Penitencia en sus diócesis.

Por otra parte, la tiranía del ambicioso ministro llegó hasta prohibir, bajo severas penas, á los desterrados de Maranhão refriessen lo que allí ocurría.

Después de esto ocurrió una nueva desgracia, que sirvió de pretexto para poner cúmulo á tanta infamia.

El día 3 de Setiembre de 1757 se extendió por la capital el rumor de que la noche anterior, yendo el Rey en carruaje, habia sido herido de un arcabuzazo; pero ni se precisaba el suceso, ni se conocía ninguno de sus detalles. Lo cierto es que el Rey permaneció encerrado durante tres meses en una oscura cámara del castillo de Belen, en la cual solo tenia entrada la Reina, las princesas y Pombal.

Aquel atentado se atribuyó en Lisboa á diversas causas, alguna no muy favorable para el Monarca, no faltando historiador que dade de la verdad del suceso. Lo cierto es que el Rey no dió á conocer oficialmente el crimen cometido contra su persona hasta el 13 de Diciembre, es decir, casi tres meses después, y que su ministro aprovechó aquella ocasion para perseguir y castigar como actores del delito al duque de Aveiro, que fué descuartizado vivo; á la marquesa de Tavera, que fué decapitada; al marqués y á

sus dos hijos, que fueron ahorcados en virtud de sentencia de 11 de Enero de 1758, y á la Compañía de Jesus, que fué suprimida en la monarquía portuguesa y sus dominios, por decreto de de 3 de Setiembre de 1759. Algunos religiosos de la Orden fueron deportados a Italia, y otros encerrados sin forma de proceso en las prisiones, sin comunicarles siquiera el motivo de su desgracia.

Los Padres que vivieron del Paraguay almacenados como sacos en los buques, y que no murieron en la travesía, fueron sepultados también en tales prisiones, que el mismo gobernador decía de ellas: "¡Cosa singular! Todo se pudre aquí menos los hombres."

Finalmente, Pombal coronó tanta infamia haciendo fuesen confiscados en su favor los bienes del duque de Aveiro.

En cuanto al proceso instruido por el mismo ministro y sus hechuras contra aquellas inocentes víctimas, el protestante Enrique Leo dice se violaron de una manera abominable la equidad y las formas de todo proceso. El mismo historiador dice, respeto de la culpabilidad de los Jesuitas, que no se exigía de ella ni la menor prueba, ni aun la apariencia de un indicio.

Pere Pombal, no contento con sapriair la

Compañía de Jesus en Portugal, ordenó á los Obispos portugueses de las misiones de Asia suspendiesen á los Jesuitas en el ejercicio de su ministerio.

Poco tiempo despues el gobierno portugués rompía con la Santa Sede, que se negó á una injusta exigencia de Pombal.

A pesar de todo, es indudable que el ambicioso ministro no pertenecía á la scota de los filósofos ó enciclopedistas; pero su soberbia y su ambicion le arrastraron á una política de violencia, que causó gravísimos males á la Iglesia y al Estado.

Por último, la iniquidad del Proceso de Malagrida y el escándalo con que Pombal abusó de su poder, para proteger sus industrias y evitar toda competencia, acaban de bosquejar el retrato de aquel ministro, que fué el dueño y el tirano de Portugal hasta la muerte del Rey, ocurrida en 24 de Febrero de 1777.

Entónces se le obligó á presentar su dimision, y se retiró á sus posesiones de Oeyras. Todo Portugal celebró su caída; y de tal manera estaba en la conciencia de todos la iniquidad de aquel tirano, que el caballero Francisco Oelho de Silva, en el mismo día de la proclamacion de la Reina, y en su discurso oficial dirigido á la

princesa, en la plaza de Lisboa, se atrevió á decir lo siguiente: "Portugal tiene aún abiertas las heridas que le ha inferido el despotismo ciego y sin medida de ese ministro caído. Era enemigo de la humanidad, de la Religión, de la libertad, del mérito y de la virtud. Llenó las prisiones y las fortalezas con la flor del reino, y atormentó al pueblo y rigió el Estado con un cetro de hierro, y de una manera tan grosera y vil, que el mundo no ha presentado nunca nada parecido. La Providencia ha salvado á V. M. de los obstáculos que quería oponer á vuestro derecho al trono."

Pombal tuvo que sufrir también en los últimos años de su vida los ataques de todos, que elevaban continuamente quejas contra él y reclamaciones. Formóse entónces contra Pombal un ruidosísimo proceso, en que, después de declararse la inocencia de los condenados en la sentencia de 11 de Enero de 1758, se declaró al ex-ministro, criminal y digno de un ejemplar castigo. En el decreto que con este motivo publicó la Reina en 1.^o de Agosto de 1781, dice que teniendo en consideración la avanzada edad del culpable, y consultando más á su clemencia que á su justicia, le indultaba de las penas corporales que merecía en justicia y le imponían las leyes.

Pombal sobrevivió pocos meses á su caída y al oprobio de una sentencia tan justa, pues murió el 8 de Mayo de 1782, bajo el peso de su ignominia, después de ver destruidas sus tiránicas instituciones y rehabilitada la memoria de las víctimas que había sacrificado á su soberbia y avaricia (1).

VI.

Bernardo, marqués de Tanucci.

(MURIO AÑO 1783 DE N. S. JESUCRISTO.)

El marqués de Tanucci, hijo de una familia pobre y oscura, que logró ser por muchos años el árbitro de los destinos del reino de Nápoles, fué uno de los enemigos más encarnizados de la Iglesia, en el siglo XVIII, y el verdadero tipo

(1) WETZER Y WELTE: *Dict. encyclop. de Theolog. cathol.*—BERARLT-BERCASTEL: *Historia general de la Iglesia*, lib. XCI,

del ministro despótico liberal, especie muy conocida por desgracia, en nuestros días.

El año 1734 Tanucci, profesor en Pisa, pasó á ser ministro de Justicia, y desde luego manifestó gran inclinacion á toda clase de reformas, iniciando una política tan peligrosa para la paz pública como invasora de los sagrados derechos de la Iglesia. La ruptura de las relaciones con Roma; la invacion de los Estados del Papa; la celebracion de un Concordato, en que se arrancaron al Sumo Pontífice Benedicto XIV grandes concesiones; la tergiversacion de este mismo Concordato para introducir sensibles reformas, tales como la prohibicion de ordenar mas de un sacerdote por cada mil almas, y la de que el clero adquiriese nuevos bienes; el excesivo rigor con que se aplicaban las leyes á las personas eclesiásticas, y otros muchos actos y decretos practicados y promovidos entónces, no permiten poner en duda el *liberalismo* del ministro y su odio á la Iglesia.

El mismo Colectta, cuyo liberalismo tampoco puede ponerse en duda, dice en su *Historia del reino de Nápoles*, lo siguiente:

“Todas estas mejoras eran debidas á Tanucci, que solo tenia una pasion, pero una pasion meritória: el odio al feudalismo y al Pontificado.”

En 1759 el rey de Nápoles fué llamado al trono de España, bajo el nombre de Carlos III, y el *católico* Monarca vino á continuar en nuestra patria la política que habia iniciado en Nápoles con su ministro Tanucci, mientras éste, árbitro de la regencia del niño rey de Nápoles D. Fernando, proseguia allí la marcha comenzada. Suprimióse entónces un gran número de conventos, cuyos bienes se apropió el Estado. El diezmo eclesiástico fué reducido primero, y al cabo se abolió por completo.

En seguida se declaró que no podian adquirir las manos muertas, se prohibió se las dejase nada por testamento, y se promulgaron otras leyes en que se cohibia de una manera nada liberal la voluntad de los testadores acerca de las mandas piadosas.

Por otra parte, Tanucci iba extendiendo de tal manera la jurisdiccion del Estado en perjuicio de la Iglesia, que hasta se prohibió apelar al Papa sin permiso del Rey; se privó á la Silla Apostólica de toda participacion en la circunscripcion de las diócesis y en sus rentas, y, por último, el matrimonio fué declarado contrato civil, las causas matrimoniales quedaron sometidas á los tribunales civiles, y se prohibió á los Obispos intervenir en la instruccion popular,

El Rey había llegado entre tanto á la mayor edad; pero Tanucci siguió reinando durante la mayoría del Monarca, como había reinado durante su minoría, porque Fernando IV no procuraba ni informarse de los negocios del reino.

Por entónces apareció la Bula *Apostolicum pascendi*, de Clemente XIII, restableciendo la Compañía de Jesús, y este acontecimiento, que celebró con indecible alegría el mundo católico, dió á Tanucci ocasion para nuevas violencias. En efecto; la Bula no solo no fué ocoigida con el respeto que merecia por parte del gobierno napolitano, sino que se dió á la policía órden de recoger todos los ejemplares.

“El marqués de Tanucci, dice Theiner (1), que era quizá el enemigo más encarnizado que tuvieron los Jesuitas, esperaba con impaciencia el momento de perseguirlos.”

Al llegar el Rey á la mayor edad, Tanucci, que creyó llegada, la ocasion, llevó á cabo su proyecto de una manera infusa, contraria á todo sentimiento de humanidad, y hasta injuriosa para la persona del Papa.

(1) *Histoire du pontificat de Clemente XIII*, tomo I, pág. 106.

La noche del 3 al 4 de Noviembre de 1767, las casas de la Compañía fueron invadidas por la policía, que se posesionó de ellas. Los Jesuitas fueron embarcados aquella misma noche con rumbo á los Estados de la Iglesia. Sus bienes y hasta sus muebles fueron confiscados, y el mismo día 4 apareció un edicto por el cual el Rey abollía para siempre en sus Estados la Compañía llamada de Jesús.

Posteriormente, el ministro napolitano, que no perdonaba medio ni perdía ocasion para ultrajar al Papa, envió cuatro mil hombres, encargados de ocupar una parte de los Estados de la Iglesia; y por último, abolló violentamente el tributo feudal que pagaba Nápoles á Roma.

Al año siguiente, y cuando parecia se hallaba en el apogeo de su omnipotencia, cayó Tanucci del poder, que había vinculado en su provecho durante cuarenta y tres años.

Al dejar el ministerio, Tanucci sufrió más que un Rey arrojado de sus Estados. Como era de esperar, sus amigos, ó, mejor dicho, sus aduladores, le abandonaron por completo; sus subordinados le perdieron el respeto ó el temor que antes le tenían, y sus salones, en otro tiempo tan concurridos, quedaron desiertos.

Tanucci, huyendo de los hombres, que llegaron á inspirarle ódio, se retiró al campo, donde murió en 1783 (1).

VII.

José II, emperador de Austria:

(MURIO AÑO 1790 DE N. S. JESUCRISTO.)

Apénas ascendió al Solio Pontificio el Papa Pio VI, comenzó á ser invadida su sagrada autoridad por el emperador José II, que abrazando, acaso sin saberlo, los principios de la moderna filosofía, introdujo en los Países Bajos, sin el concurso de la Santa Sede, varias reformas religiosas.

La supresion de un gran número de conven-

(1) WETZER Y WELTE: *Dict. en cyclop. de Theolog. cathol.*

tos, la abolicion ó conculcacion de las antiguas prácticas religiosas, y los principios sentados en varios rescriptos imperiales, todo, en fin, revelaba en aquel Monarca su intencion de prescindir, para el gobierno de sus vastos dominios, en el órden religioso, de la autoridad espiritual de los Romanos Pontífices.

A consecuencia de esto, las iglesias fueron despojadas de sus ornamentos y de las imágenes que no agradaban al Emperador filósofo. Las procesiones, las peregrinaciones y las congregaciones ó hermandades piadosas fueron suprimidas. Ni la integridad de los libros del rezo divino fué respetada, pues se arrancó del Breviario el Oficio de San Gregorio VII. La Bala *La Cena Domini* no fué recibida en el imperio; los conventos quedaron sustraídos á la jurisdiccion de los Generales de las Ordenes; se prohibió á los religiosos ir á Roma; se suprimieron dos mil veinticuatro monasterios, y en los demás se dispensó á los monjes la asistencia al coro. Finalmente, el Estado se *incautó* de los bienes de la Iglesia; se arrebató á los Prelados de la Lombardia la direccion de sus Seminarios; se tasaron los derechos parroquiales en los funerales, y hasta se fijaron las horas en que habian de tocarse las campanas y tener abiertas las iglesias.

José II, en fin, descendió á tales detalles; que Federico II le llamaba *mi hermano el sacristan*.

Pío VI, hondamente afligido por estas innovaciones, levantó su voz, como Padre común de los fieles, con toda la consideracion que se debia á la dignidad imperial, pero al mismo tiempo con el celo y energía que debía animar al Padre Santo, ultrajado en los derechos de la Santa Sede; más sus reclamaciones fueron desentendidas. Convencido al fin de la inutilidad de sus paternales avisos, y traspasado de dolor, marchó de Roma á Viena, á pesar de su avanzada edad; y aunque fué recibido en aquella capital con todos los honores que se debian á su alta dignidad, nada consiguió; pues el Monarca austriaco le tributó los homenajes del más profundo respeto, pero se resistió á abandonar el camino que habia comenzado á recorrer.

El soberano que de esta manera tiranizaba á la Iglesia y afligia al Padre Santo, no podia ser el padre de su pueblo. José II, en efecto, colocó en su Código penal, entre los crímenes de lesa nacion, varios delitos ordinarios, que castigaba con la pena de muerte; prodigó la pena de los palos y de la marca en el rostro; conservó la pena horrible de prision, en la que el delincuente permanecía agobiado bajo el peso de grandes

planchas de hierro, recibiendo como único alimento un poco de pan y agua; conservó la confiscacion de los bienes de los criminales de lesa majestad, sin consideracion alguna á los herederos; consignó nuevos delitos políticos, que hacia castigar con excesivo rigor; prohibió el viejar ántes de la edad de veintisiete años, é impuso una contribucion llamada de *ausentes* sobre los propietarios que marchaban al extranjero.

Este despotismo, del cual fueron víctimas á la vez la Iglesia y el pueblo, causaron, sin duda alguna, la ruina del Emperador, que atrajo sobre sí, con su impiedad y su tiranía, toda la cólera del cielo.

En efecto: al fin de su reinado fué vencido por los turcos; Inglaterra, Prusia y Holanda se aliaron para oponerse á sus pretenciones y la Hungría y los Países Bajos se le rebelaron. Sus reformas hicieron que se levantáran contra él quejas de todas partes, y de esta manera vió que su trono se quebrantaba cuando necesitaba estar más consolidado.

Así fué que José II, muerto sin hijos, transmitió á sus sucesores, con el imperio el odio que habian encitado sus innovaciones. El mismo reconoció su castigo cuando se dictó este epitafio:

AQUI YACE JOSE II, DESGRACIADO
EN TODAS SUS EMPRESAS (1).

Finalmente, el reconocimiento de sus culpas amargó los últimos momentos de su vida. "Es necesario que yo muera, decía, para hallar reposo." En su lecho de muerte dijo también: "Sé que se han mandado hacer preces por mi salud; pero sé también que la mayor parte de mis súbditos no me aman. ¿De qué servirán, pues, esas oraciones, que no salen del corazón, y que obligan á mentir (2)?"

(1) HUGUET: *Terribles chatiments des révolutionnaires*, lib II, cap. I.

(2) WETZER Y WELTE: *Dico encyclop. de Theolog. cathol.*

PARTE QUINTA.

DESDE LA REVOLUCION FRANCESA HASTA
NUESTROS DIAS.

CAPITULO PRIMERO.

CONTINUACION DEL SIGLO XVIII.

Sumario.—I. Princesa de Lamballe.—II. Juan Pablo Marat.—III. Juan Pedro Brissot.—IV. Juan Luis Carra.—V. Luis Felipe de Orleans (*Iguaddá*).—VI. Juana Roland.—VII. Silvano Bailly.—VIII. Claudio Fauchot.—IX. Juan María Roland.—X. Jerónimo Petion.—XI. Jacobo Roux.—XII. Jacobo René Hebert.—XIII. María Juan Condorcet.—XIV. Juan Jorge Schueider.—XV. Francisco Chabot.—XVI. Felipe Fabre d'Églantine.—XVII. Camilo Desmoulins.—XVIII. María Juan Héranit.—XIX. J. P. Lacroix.—XX. Pedro Gaspar Chaumette.—XXI. Filiberto Simón.—XXII. Mateo Jourdan.—XXIII. Antonio L. L. Saint-Just.—XXIV. Maximiliano Robespierre.—XXV. Agustín B. J. Robespierre.—XXVI. Juan Bautista Carrier.—XXVII. Jorge Santiago Danton.—XXVIII. Fouquier Tinville.—XXIX. Jesé Lebon.—XXX. Colot d'Herbois.—XXXI. Daphot.—XXXII. Fin funesto de otros revolucionarios